

Augusto Iglesias

El factor psíquico en la interpretación de la Historia y de la Leyenda

NO hay duda que durante largo tiempo existió lamentable confusión en el estudio y los métodos que se dedicaron al conocimiento del pasado. En realidad, no hubo un concepto claro de la Historia, y las vagas explicaciones que se dieron para prestigiar a esta rama del saber, no impidieron el descrédito ni la fría desconfianza de los doctos en que más tarde se viera envuelta.

Esta desconfianza y este descrédito eran justificados. Me referiré de paso a uno de los aspectos del problema que obligan a considerarlos así: *la falta de crítica*. El trabajo histórico es, antes que nada, actividad crítica; y sólo en el primer cuarto del siglo XIX pudo ésta aplicarse, gracias a los avances de la Ciencia, con la honradez y la severidad profesional de que era menester en los métodos de investigación.

Lógicamente, el fenómeno evolutivo que anoto—y que dió cima a una serie de ininterrumpidos esfuerzos que, sin marcar límite preciso, se venían sumando desde la época renacentista—tuvo que determinar en nuestro siglo un notable aclaramiento de lo que era en lo antiguo y de lo que es ahora en lo moderno el sentido *histórico* de la Historia.

Veamos.

Para el hombre antiguo, la Historia era todo lo que venía del pretérito, con la fianza—en la mayoría de los casos, sim-

plemente cordial—de un prestigio de verdad. El pasado mostrábase a corta distancia como un bloque de piedra macizo y duro. A poco de estirar la mano investigadora se tropezaba con el obstáculo insalvable. Y cuando se creyó divisar algún desfiladero que ofreciese la posibilidad de una incursión a través de lo desconocido, a las primeras correrías no tardó en romperse el límite humano en los dominios de la mitología. Egipto, India, Grecia, Roma, podrían confirmar este aserto.

Es efectivo que tan grandes inconvenientes tuvieron que disminuir, día a día, a medida que la cultura humana iba en aumento. Pero, aun muy avanzada la crítica, pocos hechos lograron sorprender en contra si ellos venían arrastrados en esa ola multiforme de los documentos y de la afirmación rotunda de la tradición. ¡Hubiérase dicho de la Historia de aquel entonces, que más que inquietud para sabios era disciplina para creyentes!

—¿Hay consenso unánime? ¿es un desteñido papel el que lo dice?—preguntaban los eruditos de aquellas parroquias. Y si la contestación fué afirmativa, no había discusión posible. El hecho era insospechablemente verdadero.

Y no hay por qué alarmarse. «Es más cómodo creer que discutir, admitir que criticar, acumular documentos que pesarlos. Y es también más agradable. El que hace examen crítico de los documentos *sacrifica alguno*; lo cual fácilmente considera una pérdida, y *no otra cosa*, el que lo ha recogido».*

Estos defectos que el historiógrafo moderno trata de suprimir, son los que han permitido apreciar un mismo acontecimiento histórico, según el punto de vista que se eligiera, de modo distinto y muchas veces hasta de opuesta manera.

De acuerdo con las observaciones que indico, no me sorprende que haya personas que crean en la vida sobrenatural de Buda como en una cosa comprobada; así como no me admira

* *Introducción a los Estudios Históricos*: C. V. Langlois y C. Seignobos. Daniel Jorro, Editor.—Madrid, 1913.

que, para honra del buen sentido, existan otras que sólo le dan al aspecto taumafúrgico el valor legendario que merece.

• • •

- Se desprende de lo dicho que aun subsiste, para infinidad de criterios, un problema de añejo sabor: el que, llevado a solución, demarcó de manera precisa las órbitas de la Historia y de la Leyenda.

Al estudiarse, como simples antecedentes, los escollos que este criterio reaccionario ha opuesto al avance de la investigación histórica a base de métodos positivos, admira, en verdad, la resistencia psíquica con que grupos aislados, y muchas veces colectividades enteras, defienden la vida de los mitos y de las supersticiones populares como si éstas fueran intangibles dogmas de fe.

Resultará beneficioso traer a memoria algunos casos.

Todos reconocen, a lo menos en términos generales, la supremacía de los pueblos meridionales sobre cualesquiera otros, en cuanto ésta se refiera a una mayor exaltación de los sentimientos religiosos. Fenómeno psicológico poco estudiado o simple coincidencia geográfica, lo cierto es que los países mediterráneos dieron más nítidas vidas de perfección a la gloria eclesiástica que todo el norte de Europa reunido. Tierra de santos fueron Italia y Francia, y lo fué, también, en el pretérito, la Península hispana.

Pues bien, en tiempos de Urbano VIII, llegó a Roma, procedente de una de las iglesias españolas, un pedido de los fieles en que suplicaban humildemente al Pontífice bendición apostólica e indulgencia plenaria para los que acudieran a la fiesta de *San Viar*, protector admirable de aquellas comarcas, y de cuyo cuerpo se decían poseedores los piadosos parroquianos.

Indudablemente sorprendido por aquel nombre que no aparecía en el Santoral, y del cual no existían datos en la Casa de Pedro, Urbano VIII ordenó estudiar el asunto. Graves epigrafistas y doctos arqueólogos, entre los mejores del clero español, se de-

dicaron a la tarea admirándose, apenas ésta se inició, de que todas las pruebas sobre la existencia de *San Viar* se redujeran a una piedra colocada en el lugar en que se creía sepultado el santo y en la cual se leía una letra y una palabra: «*S. Viar*»; caracteres que el tiempo había lamido inmisericorde hasta hacerlos palidecer extenuados en el curioso monumento. •

¿Para qué más?

Algún crítico en materias que no son de su amaño habría quedado satisfecho, pero los sabios españoles, examinando hábilmente la vaga prueba en que se apoyaba la leyenda, descubrieron que se trataba de una antigua inscripción, en partes casi enteramente borrada, y en la cual mencionábase a un *praefectu S. VIARum*, o intendente de los caminos públicos en tiempos de la dominación romana. •

Por supuesto que San Viar había realizado, hasta esa fecha, infinidad de milagros...

Ya en este terreno, saben los hombres cultos cómo es de históricamente falsa —y de extendida, sin embargo, con prestigios de verdad— la leyenda esa que sostiene que Isabel la Católica hubo de vender sus joyas para comprar las naves que utilizara Colón en el viaje aventurero que dió por fruto el descubrimiento de América. Saben, también, los que estudian estas cosas, que aun personajes que aparecen como escribiendo libros, son, ellos mismos, de muy dudosa existencia; v. gr., Diógenes Laercio, el «autor» de *Vidas, Opiniones y Sentencias de los Filósofos más Ilustres*.

No agotaré, y no sería posible tampoco agotar en el espacio de un artículo de revista, los mil y mil ejemplos que podría traer a colación en este sentido. Me bastará, para el objeto que persigo, un caso más que pone en claro cómo es de poderoso el factor psíquico en la interpretación de la Historia y de la Leyenda, y cómo es de improbo y rudo el trabajo para aquellas personas, que disciplinadas en el respeto a la verdad y a los métodos positivos de investigación, se encuentran de

• Smedt. *Principes de Critique Historique*, Cap. XI, p. 192, Paris, 1883.

pronto con hombres, o con todo un núcleo nacional, que por un lado aceptan la autenticidad de los viajes de Ulises, y por el otro llaman *ridiculez* al método *analógico* o comparativo; método que, al estudiar una leyenda o un hecho histórico impreciso, busca los puntos de contacto que tenga con otras tradiciones o acontecimientos similares de cualquier país o latitud. Bastaría preguntarles a estas personas: «¿Acaso los símbolos, las leyendas o las interpretaciones míticas del universo no han dado vuelta al mundo?» Pero sería trabajo inútil: no hay fuerza capaz de convencer a un cerebro poco dúctil y por ende supersticioso.

A pesar de lo dicho, el caso a que me voy a referir puede ser útil a las personas libres de prejuicios y que se interesen por esta clase de estudios. Hablo de la leyenda de Guillermo Tell.

Surgía este héroe, en la historia europea, como el libertador de Suiza. Contaba la tradición que el 17 de Enero de 1307, reunidos en la pradera de Grutli, un grupo de patriotas juró independizar los cantones de la dominación austriaca. El golpe debía realizarse más tarde, en la noche del 1.º de Enero. Y es en esa época, precisamente, en que, como decoración soberbia de las montañas, de pie sobre el risco, aparece Guillermo Tell...

Pero Hermann Gessler, el gobernador austriaco, no estaba tranquilo. Algo le decía a su espíritu que estaba cercano el levantamiento del pueblo al cual sojuzgaba. «Para probarlo — escribe el historiador suizo Enrique Zschokke *— y para humillarlo, hizo colocar su sombrero en la punta de una vara, en el país de Uri, y ordenó que todos los que pasaran se inclinasen respetuosamente delante de este símbolo de la autoridad austriaca. Proponíase reconocer por este medio a los enemigos de Austria.

«Guillermo Tell, de Burglen, hábil arquero, uno de los hombres de Grutli, pasó delante del sombrero, pero no se inclinó. Inme-

* Zschokke, *Histoire de la nation suisse* (trad. francesa de Monnard). Chap. XII, cit. por Barros Arana, *Obras compl.* T. 9, pág. 8.

diatamente lo tomaron para conducirlo delante del gobernador. Éste lo apostrofó lleno de cólera. «Arquero temerario — le dijo,—quiero que tu arte te sirva de suplicio. Pon una manzana sobre la cabeza de tu hijo menor: apúntale y guárdate bien de errar el tiro.» El niño fué amarrado: se puso una manzana sobre su cabeza, y se colocó al padre a una distancia considerable. Apunta, parte el dardo, la manzana queda atravesada: el pueblo lanza gritos de contento. Pero Guessler dice a Tell: —«¿Para qué llevas un segundo dardo?» Tell respondió: «Si el uno no hubiese dado en la manzana, el otro habría llegado a tu corazón.»

«El tirano ordenó que se cargase de cadenas a este hombre valiente, y que se le amarrase en el fondo de una embarcación para conducirlo bajo su inmediata vigilancia a Kussnacht. No juzgó prudente encerrarlo en una cárcel del país de Uri, a causa de las disposiciones del pueblo; y por otra parte, los derechos de la nación se oponían a que se le enviase fuera del país, a una cárcel austriaca. Temiendo el agrupamiento de la muchedumbre, el gobernador dió apresuradamente la orden de partida, a pesar de un viento contrario que soplaba con ímpetu. Tan pronto la embarcación parecía bajar a un abismo, como las olas espumosas la llenaban de agua. Los remeros desesperaban de salvarse. Mientras más se avanzaba, más aumentaba el peligro en medio de las inmensas rocas cortadas en escarpe que forman las orillas del lago, y se elevan al cielo como murallas. En el colmo de la desesperación, Guessler hizo quitar las cadenas a Tell, a fin de que por su habilidad salvase la embarcación. Éste se dirigió hacia el costado desnudo del Axember, donde una roca en forma de meseta avanza sobre el lago. Allí se lanza a tierra, e impulsa de nuevo la embarcación con el pie. Tell queda al abrigo de todo peligro; Guessler, a merced de las olas.

«Escapado del peligro, trepa la montaña y se salva en el país de Schwytz. Triste y pensativo, se decía: «¿Dónde huir de la cólera del tirano? Si me escapo, mi mujer y mi hijo le servirán de rehenes. ¿Ante qué tribunal podré citar a Guessler?»

El rey mismo no escucha los gritos del pueblo. ¡Pues bien! Ya que las leyes no tienen autoridad, ya que no hay justicia entre el opresor y el oprimido, nosotros dos, Guessler y yo, estamos fuera de la ley. Nuestra única ley es la necesidad de defenderse. Si es necesario que mi mujer, mi hijo y mi patria perezcan inocentes, o que tú mueras cargado de crímenes, muere, tirano, y que la libertad reviva!»

«Animado por estos pensamientos, y armado con un arco y una flecha, Tell vuelve hacia Kussnacht y se oculta en un camino extraviado. El gobernador pasa por allí cerca: la cuerda vibra; la flecha de un hombre libre va a herir el corazón de un opresor.

«Al saberse esta noticia, se esparcen rápidamente el terror y la alegría. La acción de Tell inspiró el valor.»

¿No es, acaso, una hermosa historia? Y, sin embargo, no es *Historia*, sin que por eso deje de ser la más bella de las leyendas...

Distribuidas las objeciones, principia por constatarse la ausencia absoluta de todo testimonio contemporáneo. La crónica más antigua que habla de este héroe fué escrita a fines del siglo XV, por los años de 1482. Con anterioridad, dos cronistas del mismo siglo, que se refieren a los abusos de la dominación austriaca con notable minuciosidad, «no mencionan el nombre de Tell, ni hacen la menor alusión a sus hazañas o a su existencia. En la crónica de Zurich de 1479 no se halla referencia alguna a este respecto» *.

La cronología y la geografía hablan, también, en contra de la historicidad de la tradición. «Si alguien quisiera estudiar esta pequeña Odisea, siguiendo un mapa, dice uno de los críticos, se encontraría tan embarazado como si se tratase de seguir las pistas a los héroes fantásticos de los viejos libros de caballerías» **.

Siguiendo el método *analógico* (de cuya existencia el señor Correa Pastene debe saber poco), la crítica histórica se fué en busca, asimismo, de las leyendas similares que corrían por el mundo,

* Barros Arana: *Una ilusión menos*, Ob. Comp. T. 9, p. 13.

** Barros Arana: *Art. cit.* Ob. Comp. T. 9, p. 15.

llegando a la postre a conclusiones como esta: «El hecho capital de esa historia (la de Tell) es la simple reproducción, ligeramente modificada, de ciertos sucesos verdaderos o inventados que refieren las más viejas crónicas *del norte* de Europa...»

Todavía existe un argumento etimológico: *Toll*, en alemán, quiere decir lemerario; y *tellum*, en latín, significa dardo...

Está demás decir que los suizos defendieron durante largo tiempo con brío singular la historicidad de la leyenda. Cuando, en 1760, Uriel de Freudenberger publicó en Berna, en forma anónima, un libro titulado *Guillaume Tell, fable danoise*, provocó en el país grande alboroto e irritación, hasta verse obligado el gobierno del cantón de Uri a quemar aquellas páginas por la mano del verdugo, pidiendo, al mismo tiempo, al Senado de Berna la cabeza del autor, Freudenberger. «Guardó tan escrupulosamente su secreto, escribe Barros Arana, que en nuestro tiempo se han necesitado grandes trabajos de erudición para llegar a descubrirlo...»

A pesar del aspecto supersticioso que presenta, debo confesar que resulta conmovedora esta inconsciente fidelidad de los hombres, por los buenos cuentos que aromaron los primeros sueños de su infancia. Ya lo dijo el poeta:

And, after all, what is lie? Tis but
the truth in masquerade; and I defy
historians, heroes, lawyers, priests, to put
a fact without some leaven of a lie. ***

Paradójico o no, hay quienes batirían como una bandera este desafío del escéptico inglés.

* Barros Arana: Art. cit. Ob. Comp. T. 9. p. 15.

** Barros Arana: Art. cit. Ob. Comp. T. 9. p. 12.

*** Byron: *Don Juan*.—Canto XI—Stanza 37.—«Después de todo, ¿qué cosa es una mentira?—No es otra cosa que la verdad enmascarada.—Y yo de safo a historiadores, héroes, abogados o sacerdotes, a presentar un hecho sin los realces de la mentira.»

II

Don Misael Correa Pastene, hablando de *Las fiestas nupciales en Venecia*, en un número anterior de esta revista, escribe lo siguiente: «Ningún historiador podrá fijar la fecha en que principia esta fiesta llamada de *Los novios* o «delle Marie» porque... *ninguna costumbre nace de un edicto o acto público de que se tome nota en los archivos*».

Estoy de acuerdo con el señor Correa en la última proposición—lo prueban mis artículos anteriores sobre este mismo tema;—en lo que no estoy de acuerdo es en que el cuento de «las fiestas nupciales» sea histórico, como no lo es tampoco el de «las Nupcias del Dux con el Adriático».

El argumento en contra lo tiene el señor Correa en el mismo libro del cual obtuve conocimiento de esta leyenda, que dice de ella, textualmente, que «fué fundada más bien sobre tradiciones legendarias que sobre un hecho histórico a prueba de crítica y documentación».

Y termino esta ya larga polémica, sintetizando mis observaciones en tres puntos:

1) Don Misael Correa Pastene no puede citar un solo testimonio de historiógrafo contemporáneo de prestigio, que sostenga el origen que él viene dándole a la ceremonia de las nupcias del Dux con el mar Adriático;

2) Que, tanto esta ceremonia, como las realizadas en «las fiestas nupciales», son de origen legendario;

3) Que ambas ceremonias tienen similitud con otras celebradas en países y épocas diversos, lo que ha inducido a la crítica histórica a efectuar el trabajo «comparativo» de rigor.

Aquí debería poner mi firma; pero debo una explicación a los que leyeron el artículo del señor Correa a que me he venido refiriendo. Son efectivas—aunque sin ningún mérito desde el punto de vista de las pruebas,—las citas que hizo el señor

• Errázuriz Urmeneta: *La Ciudad de los Dux*, pág. 207 Roma, 1917.

Correa al hablar de «las bodas del Dux con el mar». La edición que tengo de la Historia de Daru es la primitiva, en siete tomos, y que se publicó con el título de *Histoire de la Republique de Vénise*, por Fermín Didot, «imprimeur du Roi, et de l'Institut», Rue Jacob N.º 24, París.

Los que quieran darse cuenta de la pobreza informativa de Daru sobre la leyenda en cuestión, pueden consultar en la edición citada el tomo I, página 216.